

Arzobispo Wester, Presentación, Plenaria de la tarde, 9-21-18

Muchas gracias. Estoy muy contento de estar aquí con ustedes hoy.

Como muchos de ustedes saben, me encantan los refranes, especialmente los de México. Uno de mis favoritos es: "Ahora los patos le tiran a las escopetas". Es mi favorito porque normalmente cuando me invitan a hablar así es. Por lo general, los patos le tiran a las escopetas, y hoy ustedes van primero. Me gusta esto mejor. Al final de cada sesión, se nos pidió al Obispo Mario y a mí que simplemente reflexionemos brevemente con ustedes sobre cómo podríamos ser protagonistas en el trabajo de responder a las necesidades y situaciones pastorales encontradas en las periferias. En otras palabras, ¿cómo podemos nosotros, como discípulos misioneros, ayudar a realizar estos sueños y estas esperanzas? Y mientras lo pensaba, estaba pensando que no sé lo que van a decir, entonces, ¿cómo puedo responder?

Una cosa que nos impide realizar nuestros sueños y esperanzas es el miedo. Muy a menudo como seres humanos es el elemento de miedo que nos impide esas realizaciones. Me hizo pensar en 1993, cuando fui al Programa ICTE en Roma. Es un programa para sacerdotes para la educación continua. Estuvimos allí por 3 meses y una de las cosas que quería hacer era subir a la cúpula de San Pedro. Pero tengo un poco de claustrofobia y un poco de acrofobia. Entonces, cada semana decía: "Esta es la semana que lo haré". Pero nunca lo haría. Y luego, la última semana, dije: "Bueno, esto es, me voy a ir a casa, lo tengo que hacer". Entonces, tengo a mi querido amigo el Padre Norm Smith de Cleveland, Ohio. Y le dije: "Norm, ¿me acompañarías?" "Oh, lo he subido un millón de veces". "Lo sé, pero tengo que decirte que tengo un poco de miedo, ¿lo harías?" "Está bien." Así que lo hicimos. Subimos con un poco de temor, subiendo hasta mero arriba. Acabábamos de llegar a la cima y dije: "Muy bien, muy bien, volvamos". No, me quedé allí y lo miré. Lo digo porque creo que el P. Norm era un verdadero discípulo misionero para mí. Caminó conmigo, me acompañó y me ayudó a superar mis miedos.

No voy a entrar mucho en detalle, pero al mirar a los *Ecos de los encuentros en las periferias*, me pareció que un tema es este tema del miedo. Por ejemplo, cuando miras a nuestros inmigrantes recientes que tienen tantos temores desde que vienen de sus países de origen, mientras están en tránsito y ya llegando a este país. Muchas de nuestras familias vivieron con miedo. Han huido de sus países de origen y tenían más miedo cuando empezaron su viaje a los Estados Unidos. Y ahora están viviendo con miedo en parte porque no estamos dando la bienvenida a los extranjeros entre nosotros. Y lo vemos incluso en nuestra Iglesia. Temor de no ser aceptado, de ser rechazado, de no poder orar de la manera tradicional. Lo vemos en muchas comunidades y en partes de nuestra Iglesia. El miedo a ser menospreciados cuando envejecemos, a ser olvidados. Los padres tienen miedos por sus hijos. Los hijos temen no ser aceptados o que no les gusten en Facebook, sea cual sea el caso.

Entonces, ¿cómo responde el discípulo misionero, un testigo del amor de Dios, a estas necesidades y situaciones pastorales que ayudan a las personas a realizar sus sueños y sus esperanzas? Creo que la respuesta viene de Luke. ¿Recuerdan cuando Jairo se acercó a Jesús y dijo que mi hija se está muriendo? Y entonces llegó el informe de que ella había muerto. Y Jesús dice: El miedo es inútil, lo que se necesita es confianza, y su vida se salvará. Confía en Jesucristo. La comunión con Jesús trae nueva vida y disipa el miedo. Y entonces, me parece que el discípulo misionero debe profundizar su relación

con Jesús día tras día tras día. Vencer nuestros propios miedos para que podamos llevar el amor a las periferias y ayudar a otros a hacer lo mismo.

La profundización de nuestra relación con Dios tiene que comenzar de nuevo todos los días, como si aún no se hubiera hecho nada. Todos los días debemos encontrarnos con el Señor y debemos estar presentes ante el Señor como él está presente para nosotros. Porque, así como Jesús se hizo uno con nosotros en la Encarnación para que nuestros miedos se disiparan, también nosotros, el Cuerpo de Cristo, debemos erradicar las causas del miedo al dar testimonio del amor de Dios, al estar presentes unos a otros. Y sin embargo, tan a menudo, como discípulos misioneros, me parece que subestimamos el poder y la importancia de estar allí, de estar presentes el uno al otro. Podemos sentirnos no adecuados, no preparados, demasiado ocupados, indignos. Y esto es triste porque tú y yo tenemos el poder de afirmarnos mutuamente. Pero a veces permitimos que ese poder se quede sin usar.

Como discípulos misioneros, debemos experimentar la presencia de Cristo y sentir pasión por llevar esa presencia a los demás. ¿Cómo lo hacemos? Me parece que lo hacemos principalmente al estar con personas y dándoles nuestro tiempo. El tiempo es vida. El tiempo es lo único que realmente poseemos. Tengo un reloj, pero no es realmente mío, no es realmente mi ser. Pero mi tiempo sí lo es. Ya pasamos este fin de semana juntos. No podemos recuperarlo de nuevo. Nos hemos dado nuestro tiempo, nuestras vidas. Me encanta ese pequeño ejercicio de tomar la palabra "tiempo" y sustituir la "vida". Tuve un buen tiempo - tuve una buena vida. ¿Qué estás haciendo? Oh, solo estoy desperdiciando el tiempo - solo estoy desperdiciando la vida. Entonces, el tiempo es importante. Lo importante es el tiempo que pasamos juntos, estando juntos, poniendo la existencia sobre el éxito, el amor sobre el logro. A medida que desperdiciamos el tiempo o desperdiciamos nuestras vidas unos con otros. Creo que esto es lo que el Papa Francisco está tratando de decir cuando dice que el tiempo es mayor que el espacio. Quizás lo que quiere decir es que el espacio es estático pero el tiempo es dinámico.

Para el Papa es más importante comenzar una relación, un proceso, que congelar el tiempo en un espacio limitado y limitante. Este proceso, estas relaciones, toman tiempo. Y tenemos que darnos el tiempo el uno al otro. Al encontrarse el uno con el otro. Estando el uno con el otro. Como dice el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium*, # 10, citando el documento de Aparecida: "La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás". En su homilía el 13 de septiembre de 2016, Francisco lamentó que a menudo limitamos nuestra presencia al poner a las personas en una caja, un espacio, un estereotipo. Habla de una cultura de indiferencia, lamentó que cuando vemos a la gente sufriendo, decimos: "pero, qué pena, pobre gente, cuánto sufren", y luego, al ponerlos en su lugar, su espacio, nos seguimos rectos. Francisco continuó diciendo que un encuentro es diferente: "Si yo no miro, – no es suficiente ver, no: mirar – si yo no me paro, si yo no miro, si yo no toco, si yo no hablo, no puedo hacer un encuentro y no puedo ayudar a hacer una cultura del encuentro".

Jesús nos dio el ejemplo perfecto en el buen samaritano. No debemos ser como el sacerdote y el levita, atrapados por el temor de involucrarse o violar las leyes de purificación. Debemos ser como aquel buen samaritano, al encontrarnos con el extraño, tomar riesgos, superar el miedo y dar a conocer nuestro amor al prójimo.

Parte de este encuentro es escuchar. Por eso, como digo, fue bueno para mí escucharlos a ustedes primero. Porque ya no estoy seguro de que escuchemos tan bien. Hace unos meses, iba a hacer una

confirmación en una de nuestras parroquias en Albuquerque. Y yo estaba de pie en la vereda. Todos estábamos listos, listos para entrar, esperando que empezara la música. Y una mujer viene caminando en la vereda, directamente hacia mí y, justo cuando me pasa, me dice: "Te quiero, calabaza". Yo dije: "¡Oh, bien!" Pero ella estaba hablando por teléfono por supuesto. Entonces, la saludé y dije: "Dios te bendiga, querida". Pero estamos perdiendo la capacidad, ese fue un ejemplo superficial, pero hay muchos ejemplos más profundos en los que no nos estamos escuchando, no nos estamos prestando atención. Como Lucas nos dice en el camino a Emaús: "¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros mientras el Señor nos hablaba?" Jesús los escuchó primero y luego ellos escucharon a Jesús. Creo que esta presencia es realmente fundamental. Jesús vino a ser uno de nosotros para que pudiera estar presente para nosotros. Él no consideró que la igualdad con Dios fuera algo que debía guardar, sino que tomó la condición de servidor, con aspecto humano, para que pudiera comunicar personal e íntimamente el amor del Padre. Su amor por nosotros dado en la cruz en el Espíritu.

Esto es lo que creo que debemos hacer como discípulos misioneros: estar presentes ante Jesús, dejar que su presencia nos aliente a estar presentes los unos a los otros y pasar tiempo juntos. Me encanta el Fray Luis de León, del siglo XVI. Él dijo una vez: "Cuando se os acabare todo, se os dará todo Él...os ayuntará del todo consigo con lazo que jamás faltará, estrecho y dulcísimo". Muchos de nuestros hermanos y hermanas en las periferias se les ha "acabado todo" y Cristo se ayunta a ellos, de manera especial, a través de ti y de mí. Estamos llamados a tener esta sensibilidad de Cristo. Para tener un encuentro y caminar con ellos, para entrar en estos "lazos dulcísimos" que forman el Cuerpo de Cristo. El amor de Jesús está presente en nosotros cuando nos entregamos a nosotros mismos, nuestro tiempo, nuestra presencia, a aquellos en las periferias.

Agradezco al Padre Norm, quien falleció hace algunos años. Fue un verdadero discípulo misionero que me acompañaba. Jesús nos llama a todos a reconocer que, en su presencia, el miedo es inútil. Lo que se necesita es confianza...presencia...discípulos misioneros. ¡Dios los bendiga!